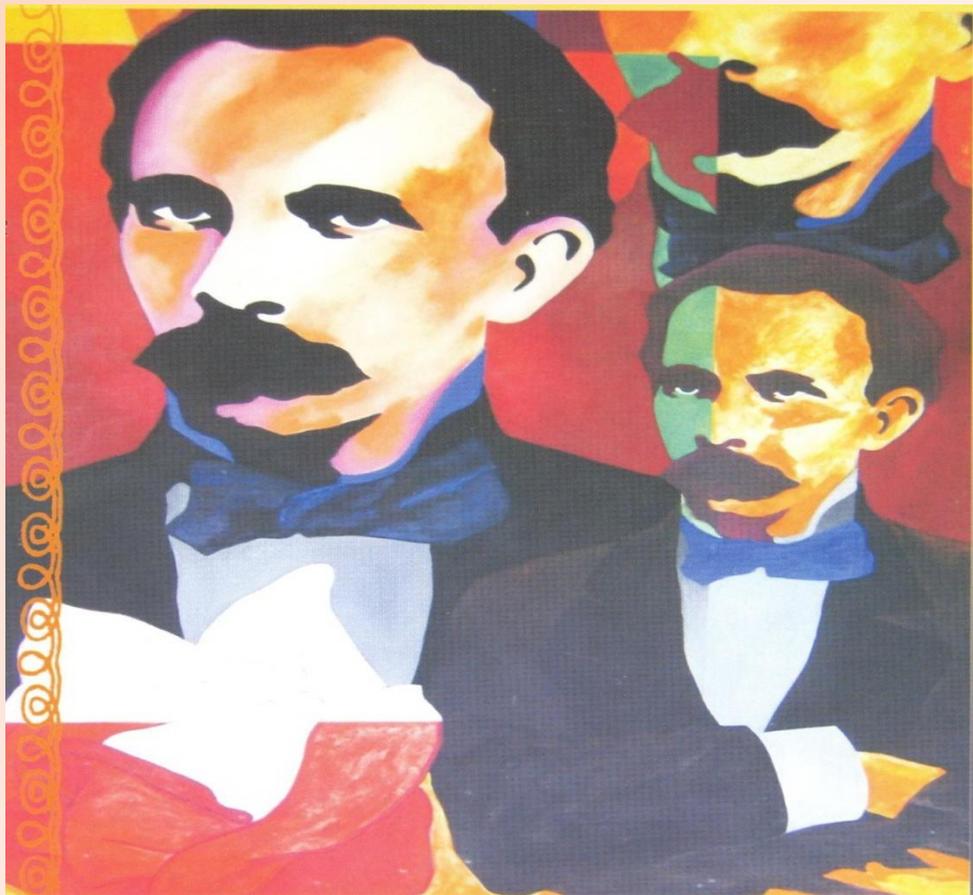


INTERSEDES

REVISTA ELECTRÓNICA DE LAS SEDES
REGIONALES DE LA UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA
WWW.INTERSEDES.UCR.AC.CR

ISSN 2215-2458
VOL. XI, N°21 (2010)



CONTRALECTURA EN TORNO A JOSÉ MARTÍ Y LA CRÍTICA DE
INSPIRACIÓN CRISTIANA

EGBERTO ALMENAS ROSA

Contralectura en torno a José Martí y la crítica de inspiración cristiana

(Counterreading on José Martí and the cristian inspiration criticism)

*Egberto Almenas Rosa*¹

Recibido: 06.05.11

Aprobado: 06.07.11

Resumen:

Este artículo cuestiona la validez de la crítica cristiana en torno a José Martí y su previsión de una Segunda Independencia para Nuestra América.

Palabras claves: José Martí, crítica cristiana, conceptos religiosos.

Abstrac

This paper questions the validity of Christian-based criticism with respect to José Martí and his quest for a Second Independence in Our America.

Key words: José Martí, Christian-based criticism, religious concepts.

Los testimonios de primera mano sobre José Martí tendían a nimbarlo cuando menos con sutilezas propias de la hagiografía cristiana. Su muerte todavía joven en un arrojó de luminosidad heroica brillantó aún más la aureola que le había ganado su entrega y sacrificio por la independencia de Cuba, y la de su Patria Grande, la que se extiende desde el Bravo hasta la Patagonia, según se enorgullecía en decir. De ese mismo alcance continental gozó en vida el prestigio de su pensamiento, el cual todavía hoy, a más de un siglo, repercute con viveza casi mítica en otras partes del mundo también. No extraña por tanto que hasta Julio Antonio Mella, precursor del esquema científico que en unas glosas de 1926 propuso para estudiarlo más a fondo, confesara

¹ Investigador del Maitland Art Center, Florida (EEUU). Ponencia presentada en el Coloquio José Martí: Cultura e Identidad en Nuestra América. Sede del Pacífico de la Universidad de Costa Rica, Puntarenas, Costa Rica.

de primer intento “la misma emoción, el mismo temor, que se siente ante las cosas sobrenaturales”. Como a tantos en Occidente, le cuesta sustraerse en su encomio de las alusiones bíblicas, y aunque sólo a modo de enganche se refiera a algunas de las que se sirvió el propio Martí, donde éste de común las entraña de una gravitación terrenal, en Mella acaban por sacralizarlo a demérito del esquema que propone.

De este mismo clima rumí emerge *El Apóstol* de Jorge Mañach, y si bien Manuel Pedro González lo perfila después como *Anticlerical irreductible*, la gnóstica de Eugenio Florit no desaprovecha ocasión para suponerle a este “destinado por Dios” (22), la visión “de cosas extra y sobrenaturales” (30). Que ya para entonces el pontificio en Cuba hubiera relajado la resistencia proverbialmente numantina que de buen olfato suyo opuso al gran patriota² tampoco lo retrajo menos de su terquedad ante las aportaciones de creyentes en la crítica martiana local como la de Félix Lizaso, José María Chacón y Calvo, José Lezama Lima, Cintio Vitier y Fina García Marruz, entre otros. Porque si a la puerta del siglo XX Martí todavía cree que la “Iglesia es astuta — y como se sabe batida en sus antiguas fortalezas, se viene al campo moderno, evoluciona con la humanidad, toma una forma y actitud adecuada a la situación presente, y en el campo moderno presente toma puesto y presenta batalla”,³ aun desde mucho antes marchaba contra lo esencial del humanismo: su “inconformidad con un pasado que quiere prolongarse absurdamente” (Arciniegas, 32).

En tanto, urge deslindarse hasta qué punto ese otro cristianismo oportunamente dúctil que en Nuestra América transmuta a la Teología de la Liberación obvia, como las demás religiones abrahámicas, cuánto predispone asimismo a la incidencia despótica (v. Hitchens, 229-52, y *passim*). Todas estas religiones se deben por principio de sus cánones al *juggernaut* semántico que afianza la sociedad autoritaria, y la cual define Martí como “aquella basada en el concepto, sincero o fingido, de la desigualdad humana, en la que se exige el cumplimiento de los deberes sociales a aquellos a quienes se [les] niegan los derechos, en beneficio principal del poder y placer de los que se los niegan: mero resto del estado bárbaro” [19:204]. El referente moral de los dogmas al uso, pese a las purgas y exégesis más lenitivas, guarda una incompatibilidad insalvable con el que se

² “Había en la mentalidad católica al uso un prejuicio contra Martí y la insurrección librepensadora y masónica. El clero y el profesorado de las escuelas católicas era[n] predominantemente español. No se impusieron los católicos la tarea de catolicizar la lucha independentista y entresacar lo cristiano perdurable en Martí, que es el núcleo central y persistente de su palabra y de su acción, a pesar de sus ideas liberales y sus ataques a la Iglesia. En este terreno, los católicos, simplemente, se replegaron y así estuvieron casi hasta 1930, cuando empiezan los Caballeros Católicos a dar su fruto, pues la Asociación se planteó primordialmente una actitud cívica, de rescate de la Patria para el catolicismo. A la que se unió después la labor de los círculos de estudio de los muchachos de las Juventudes de Acción Católica.” Citado en Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal, “Teología y tradiciones nacionales: una visión católica”, *Filosofía, teología, literatura: aportes cubanos*: <http://www.ensayistas.org/critica/cuba/fornet/cespedes.htm>

³ José Martí, tomo 19, p. 393. En adelante, los números entre corchetes remiten primero al tomo, y luego de los dos puntos, a la paginación de las citadas *Obras completas* de José Martí.

desprende de Martí,⁴ quien a su vez deplora cómo los regímenes más inicuos han explotado el hábito milenario por la devoción a las divinidades de todo género (v. Dawkins, 308-16): “Ese Dios que regatea”, dice, “que vende la salvación, que todo lo hace en cambio de dinero, que manda las gentes al infierno si no le pagan, y si le pagan las manda al cielo, ese Dios es una especie de prestamista, de usurero, de tendero. ¡No, amigo mío, hay otro Dios!” [19:383].

Pese a la “intransigencia religiosa” [20:153 y s] que esquivaba a saltos de *parkour* modernista en el modo de expresarse en público, Martí trasparentea con claridad suficiente que desde su calvario prematuro en presidio sólo se fía a ese otro Dios, el de “la idea del bien” [1:45]. Si se sopesa en bulto, la metáfora, en sus variantes incitadoras, lo inclina con anticipación al “profundo religioso no creyente” einsteiniano (v. Dawkins 36)⁵ antes que al también muy próximo criticismo de Kant, según el cual la certeza unitiva nace al distinguir la razón de la experiencia, o lo ininteligible de lo sensible. A una entrega ecuménica más “física” [15:396] se refiere Martí cuando habla de la “poesía” de Darwin [15:372]: “¡Oh, si supieran cómo se aquilatan y funden allí las religiones y surge de ellas más hermosa que todas, coronada de armonías y vestida de himnos, la Naturaleza!” [11:140].⁶ Las revelaciones de un universo magnificente lo deslumbran en la misma medida que acrecienta en él una espiritualidad desencontrada con la expresión mística. Aun cuando “las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza” [13:25], en los libros de ciencia, insiste, radica la “poesía mayor” [20:218 y s], y ésta no puede ser sino fruto positivo de la “ley universal de la analogía” [v.13:25]. *Entheos*, o habitado por Dios, es raíz del término “entusiasmo”, y en el de la expresión martiana pesa más el que infunden las ciencias positivas, o aquellas ciencias que, según les explicaba él a los niños, ponen a trabajar las fuerzas del mundo [v.18:503].

⁴ Por citar sólo un manojo de ejemplos: Matar con deliberación inmisericorde a hombres, mujeres y niños inocentes (Génesis 7:23, 2 Samuel. 24:1-15, Josué, cap.10); proveer como botín de guerra a las tropas mujeres jóvenes con el objeto de esclavizarlas sexualmente (Números 31:17-18); obligar al canibalismo entre los miembros de la familia propia y otros allegados (Levítico 26:29, Deuteronomio 28:53-58, Jeremías 19:9, Ezequiel 5:10); practicar el sacrificio humano (Jueces 11:30-39); torturar sin fin a personas por sus creencias discrepantes (Apocalipsis 14:10-11). Ver discusión extendida en Bradley. También a Hitchens, capítulo VII y siguiente, pp. 97-122, Dawkins, capítulo VII, pp. 268-316, y Harris.

⁵ Sin que Alfonso Reyes tampoco pudiera sobreponerse al prodigio de Martí, ya sospechaba que Einstein o la nueva física nos ayudaría “a entenderlo mucho mejor de lo que pudieron entenderlo sus contemporáneos” (471).

⁶ En otro lugar me he referido a la trampa infalible del imaginario martiano que, fundado en la Naturaleza, lo reivindica sobre todo como amador (89). Creo oportuno aclarar que lo infalible en su idea del bien madura en esta concepción más física que religiosa de la Naturaleza, por encima aun de lo que han dado en llamar el “racionalismo cósmico de Espinosa”. Enlazo a esta “fiscalidad” mi apunte todavía inédito sobre el objetivismo de Ayn Rand: “En la inmensa concatenación de accidentes de los cuales desciende que una cosa sea y cobre identidad positiva, no puede haber contradicciones. De lo contrario, no existiría, y la premisa del creyente dista raudales de la ‘identificación no-contradictoria’. Las leyes de la naturaleza han de ser obedecidas en acuerdo riguroso con la realidad objetiva.”

Así como para Aristóteles la poesía era la “trama narrativa” en la historia del mito, o bien, la historia de un acontecimiento formativo de gran importancia, digno de imitación, en Martí se acoge a una ley de relación con la modernidad. Esa misma “fluidez cognitiva” (Bennett) en el lenguaje ostensiblemente poético del cual se sirvieron los redactores de la Biblia quedó empantanada en la Edad de Hierro. La “razón social” tras la moralidad de reconocimiento común que Martí también llama Dios Conciencia, o Idea Poderosa, solicita una poética que facture los cambios cruciales del momento [21:28-29]. La “personificación del alma eterna humana” se situaría en *su tiempo*, lo que en él equivale al derrumbe de “las dinastías y acometimientos de las ignorancias” [18:291]. En esta correspondencia radica la salvación de los pueblos [19:17], y de su arte, “divina acumulación del alma humana” [5:120], concluye, brotarán los “críticos profundos” contra “la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos” [13:135].

Sólo que los argumentos típicos del deísmo dieciochesco todavía aferran a Martí a la noción hoy insostenible según la cual el concepto “Naturaleza”, o la lógica del “Orden Natural”, redundaría en “bueno” [19:391-93]. Esa sinonimia heredada del Siglo de las Luces que tanto reitera en su obra es la misma que da pie al Destino Manifiesto de Estados Unidos, siempre presto a invocar, en su llamada misión civilizadora sobre el hemisferio, la “superioridad natural” que le otorga la Divina Providencia. Y tal vez a este “propósito ideal” se deba en parte que Nuestra América doblegara “el cuello en demanda del yugo”, según el reproche de César Zumeta (v. Beltrán, 163). La probabilidad de la inmanencia de un ser supremo en Martí, como “núcleo central y persistente de su palabra y de su acción”, también carece de fundamento; los Evangelios de por sí contradicen a la luz del humanismo actual la “pureza de la doctrina moral de Cristo” (v. Dawkins, 283-88) que defiende, y una marcada recurrencia histórica invalida que los crímenes eclesiásticos se deban por excepción a las “desfiguraciones por sus malos sectarios” [19:391-93]. A un mismo tiempo, y a tono con su paisano Enrique José Varona, Martí favorece más que a otra alguna la “instrucción elemental científica” [8:439], y en “los hechos constantes y reales” [22:141] cifra el vehículo más adecuado para lograr la trascendencia del espíritu [8:407 y s].

Pocos han calado en hondura y perspicacia tenaz sobre esa trascendencia como Cintio Vitier, de la cual ofrece un compendio exquisito en el ensayo que tituló “Martí futuro”. A la altura del tercer milenio, el practicante que en su desolación inculcada todavía aguarda por una prueba del segundo advenimiento, precisa del “dinamismo de la esperanza” como el del cubano que no cesa en el horcajo de Dos Ríos. El “verbo transfigurador” que conduce “a la salvación individual y colectiva” se enuncia, según Vitier, en la síntesis armoniosa de Martí entre la materia y el espíritu. De su visión y conducta prospectiva, y de su “sobrereabundancia de caridad”, recalca, deviene su

“participación laica en los órdenes de la revelación cristiana”. Para comprobarlo, traza un linaje poético de sugestivas tríadas cuyos nexos rehabilitan el hálito de una *force majeure* en la bienaventuranza ultraterrena de los mortales.⁷ Concluye Vitier, aquí como en otros lugares de su obra, que este gran Iluminado sin iglesia, para quien “esta vida es la espina, y para la otra será la masa del pescado” [1:261], integra en nuestra historia revolucionaria, “nuestra única esperanza”.

¿Podría echarse a un lado, sin más, cuánto haya de discutible en esas “verdades fundamentales del cristianismo”? Si una aptitud apenas cuestionada como las que conforman la piedad y el sacrificio por el bien del prójimo (v. Vitier, 22 n.1) representa una de esas verdades, debido a ella han quedado rezagados los pueblos que en cualquiera de sus revestimientos la ostentan como valor universal.⁸ Por motivos no necesariamente causales, en las democracias de mayor desarrollo disminuye la creencia religiosa. De acuerdo con Martí, la alta religiosidad de Estados Unidos se correspondía en cambio con el grado asimismo alto de libertad que allí se disfrutaba: “En los pueblos donde la religión se ha mostrado siempre hostil al ejercicio natural y amplio de las facultades del hombre, el odio a la religión ha sido una de las formas naturales del amor a la libertad” [22:77]. En un reciente estudio prototípico (v. Paul), hoy en día Estados Unidos ocupa el último puesto entre los diecisiete países de mayor prosperidad y bienestar, y con ser el más religioso y de peor educación científica entre estos, concurre que precisamente su “creador moral” más bien estanca, a menudo con violencia, y no mejora, como sostenía Martí, el “ejercicio natural y amplio de las facultades del hombre”.⁹ No se diga ya de la perpetuación arcaica implícita en las mitologías de la América prehispánica, o las del hinduismo o del budismo, sino de las demás religiones monoteístas que gracias a un privilegio de exclusión respecto a las cerca de cuarenta mil denominaciones cristianas que existen en la actualidad, veneran hasta matar a mansalva por sus “verdades fundamentales”, por su “fe verdadera”.

⁷ El estructuralismo, que estudia la historia literaria como sistema, y no como secuencia cronológica, disiparía el misterio de la profecía martiana que sugiere Vitier (v. Paz, pp.131-32, n.3).

⁸ José Olivio Jiménez disiente a la par con Roberto Agramonte que se compare a Martí con Nietzsche en torno a la compasión hacia el débil. Ambos no asumen en rigor posturas “dialmetralmente” opuestas. Martí y Nietzsche coinciden en creer que el débil, aguijoneado con influjos que poco tienen que ver con el cristianismo, podría “sentir en sí triunfante la persona humana” (133), y la clave de ese triunfo, que es también el centro del legado martiano, según arguye Vitier en su obra, radica en el “pensar por sí”, el “ser por sí”. Sobre Nietzsche, ver las precisiones de J.P. Stern (en Magee, 236-37).

⁹ Este aplanamiento del “creador moral”, misógino por voluntad expresa, también frustra el feminismo. Las estadísticas de los últimos años lo entrecorren al registrar que ha traído más males que bienes a la mujer. En Costa Rica, por referir sólo un ejemplo de Nuestra América, “siete de cada 10 homicidios de mujeres son feminicidio y de éstos la mitad los comenten las parejas o ex parejas de las víctimas” (en Mujeres españolas en Argentina). Una encuesta de 2007 sobre las religiones locales a cargo de la Universidad de Costa Rica, según se refiere a ella el Departamento de Estado de Estados Unidos, arroja que 84.3% de los costarricenses se declaran cristianos, por lo que se infiere en consonancia y a demérito de la creencia que la abrumadora mayoría de los feminicidas también lo son.

Con todo, de la futuridad martiana resulta todavía útil la mutua concesión dialogante que propuso entre la razón secular y la fe [v.13:135], en consonancia anticipada con los debates llamados post-metafísicos que estallan a raíz de un nuevo apogeo oscurantista (e.g. Habermas y Zizek). Martí, que de un lado y el otro se “va siempre a cosas graves”, anotó: “Yerra quien estudia la vida simple” [15:373], y así coincide con la embestida de Terry Eagleton contra “los cuatro jinetes del anti-Apocalipsis” (Dennett, Dawkins, Harris y Hitchens).

Cosa sumamente grave para Martí fue el “amor como energía revolucionaria” que Fina García Marruz, uno de los últimos pilares más compenetrados de esta cualidad martiana, deriva por ilación de la inefabilidad cosmogónica, natural y poética del Altísimo. “Tenemos todo el derecho de no compartir esta visión suya integral, orgánica, del mundo”, advierte, “pero no de ignorarla” (312). De tal fortuna Martí logró “asentar las bases de una verdadera ética revolucionaria, no en las ‘fábulas sombrías’ de ‘la venganza y el odio’, sino en la superior energía del amor militante” (299).

Aquí enfrentamos sobre todo una paráfrasis espléndida de acción desgranada con pinzas de una fuente (Mateo 5:43-48) en la que otro tanto de sus artículos de fe la contradicen. (Lutero, en estado febricitante, ya decía que le resultaba tormento de mentecato explicarse semejantes contrasentidos en la Biblia.) Basta que la militancia de Martí encarne en general la del agónico “necesario” que se vuelca hacia “la vida futura” y así cumple con una redención que trasciende (301). Bien que “por las exigencias éticas de su espíritu”, además de tácticas, haya legado la “audaz y difícil delicadeza de distinguir incesantemente la indignación del odio” (Vitier, 22 n.1). Pero si han de derivarse sus virtudes del cristianismo, será por sus incoherencias acomodaticias, pues no como “peca infantil” Martí requiere algo menos que la santidad cuando asegura de cara al enemigo que “a la hora de la bofetada, no hay entre nosotros más que una mejilla” [3:63].¹⁰

Lo excepcional en la calidad y gracia de Martí no lo libra del todo de su demasía humana, de su entereza imposible frente al pecado. Junto a ideas de ingenio y perspicacia deslumbrantes, en sus muchísimos apuntes de estudio desde sus días en la escuela aparecen también soluciones desfasadas ante la moralidad vigente del humanismo. Queda así la utilidad de ensoñarse con un Gran Ser Alto de cuya perfección se emule el bien [19:392]. ¿Acaso no rendiría mejores frutos actuar en todo momento a prueba de la mejor finalidad práctica, y no con interés al premio incierto de algún magistrado celeste, horripilante además por su capacidad inexorable para el castigo eterno? ¿No

¹⁰ “Guerra sin odio” fue la que se desató durante la Segunda Guerra Mundial en la campaña del desierto al Norte de África entre los alemanes y los británicos, y Hitler, aparte de que no le interesaba la región mientras le reconocía paridad a la nobleza racial de los británicos, destituyó y luego hizo suicidarse al legendario general de la división alemana, Erwin Rommel, por maniobrar a su despecho. La actitud de Martí frente al enemigo “revuelto y brutal que nos desprecia” [4:168], y a quién sí le interesaba adueñarse de la región, se aplica tanto más a la inteligencia que a la bondad: “De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace”, decía, “ganémosla a pensamiento” [4:121].

sería preferible, como quería Aristóteles, el bien logrado en el ejercicio de las facultades del espíritu en conformidad con la mejor y más perfecta excelencia o virtud?

Aparte de lo que Unamuno llamaba el ir hacia adentro, que es más bien un método legado de la civilización egipcia, Martí potenció sus cualidades en la integración granular que logró entre su obra y la Naturaleza como causa de sí misma [21:47], y de ahí, los matices que dan sentido a la existencia más allá de la culpa innata con que el cristianismo condena al ser humano. Para él, en materia de religión, o la interpretación de Dios, todo sería posible. Lo importante, subrayó, era lo probable [21:16]: no a la poesía “enfermiza y retórica”; sí a la “que nace del conocimiento del mundo” [18:296], y que de tal suerte se conquistó, en la más alta vocación humanista, la Segunda Independencia de Nuestra América.

Referencias bibliográficas

- Almenas, E. (2007) *José Martí y otras instancias de la modernidad literaria en Nuestra América*. Santurce, PR: ELF Creative Workshop.
- Arciniega, G. (1946) *El pensamiento vivo de Andrés Bello*. Buenos Aires: Editorial Lozada.
- Beltrán Guerrero, Luis. *El jardín de Bermudo*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1986.
- Bennett, D. (2010, 31 de enero) Easy=True, *The Boston Globe*. Recuperado el 27 de octubre de 2010, de <http://www.boston.com/bostonglobe/ideas/articles/2010/01/31>.
- Bradley, R.D. (1999, 27 de mayo) A Moral Argument for Atheism, *The Secular Web*. Recuperado el 27 de octubre de 2010 de: http://www.infidels.org/library/modern/raymond_bradley/moral.html.
- Dawkins, R. (2008) *The God Delusion*. Boston: Mariner Books.
- Dennett, D.C. (2006) *Breaking the Spell: Religion as a Natural Phenomena*. Nueva York: Viking.
- Departamento de Estado, Estados Unidos (2008). International Religious Freedom Report 2008. Recuperado el 27 de octubre de 2010, de <http://www.state.gov/g/drl/rls/irf/2008/108520.htm>.
- Eagleton, T. (2009) *Reason, Faith and Revolution: Reflections on the God Debate*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Florit, F., ed. (1962) *José Martí: Versos libres*. Nueva York: Las Américas Publishing Co.
- García Marruz, F. (2003) *El amor como energía revolucionaria en José Martí*. La Habana: Centro de Estudios Martianos.
- González, M.P. (1954) *José Martí, Anticlerical irreductible*. México: Ediciones Humanismo.
- Habermas, J., ed. (2010) *An Awareness of What is Missing: Faith and Reason in a Post-secular Age*. Trad. C. Cronin. Cambridge, Reino Unido: Polity Press.
- Harris, S. (2004) *The End of Faith: Religion, Terror and the Future of Reason*. Nueva York: W.W. Norton.
- Hitchens, C. (2007) *God is not Great: How Religion Poisons Everything*. Nueva York: Twelve.
- Magee, B., ed. (1988) *The Great Philosophers: An Introduction to Western Philosophy*. Oxford: Oxford University Press.
- Mañach, J. (1963) *El Apóstol [1932]*. Nueva York: Las Américas Publishing Co.

- Martí, J. (1975) *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.
- Mella, J.A. (1926) Glosas al pensamiento de José Martí: Un libro que debe escribirse. Recuperado el 27 de octubre de 2010 de, <http://www.cubaliteraria.cu/revista/mella.html>.
- Mujeres españolas en Argentina, Fundación España (2009, 27 de abril). En Costa Rica, 7 de cada 10 homicidios son feminicidio. Recuperado 29 de octubre de 2010, de <http://www.mujeresespanolas.com.ar/index.php>.
- Olivio Jiménez, J. (1987) Dos símbolos existenciales en la obra de José Martí: la máscara y los restos, en *Nuevos asedios al modernismo*, Ivan A. Schulman, ed. Madrid: Tauros, 123-59.
- Paul, G.S. (2009) The Chronic Dependence of Popular Religiosity upon Dysfunctional Psychosociological Conditions. Recuperado el 27 de octubre de 2010, de <http://www.epjournal.net/filestore/pdf>.
- Paz, O. (1967) *Claude Leví-Strauss o el nuevo festín de Esopo*. México: Joaquín Mortiz.
- Reyes, A. (1998) "Martí a la luz de la nueva física", en Luis Ángel Argüelles Espinosa, ed. *Martí y México*. México: DiVERSA: Universidad Nacional Autónoma de México, 471-72.
- Vitier, C. (1981) Martí futuro [1964], en *Temas martianos* (con F. García Marruz). Río Piedras, PR. Ediciones Huracán, 120-39.
- Zizec, S. (2001) *On Belief: Thinking in Action*. Londres: Routledge.
- _____. (2000) *The Fragile Absolute, or Why the Christian Legacy is Worth Fighting For*. Nueva York: Verso.